

NUEVOS INTEGRANTES DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE CIENCIAS
ANTROPOLÓGICAS

Xabier Lizarraga Cruchaga

La noche del jueves 8 de diciembre de 2011, miembros de la Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas se dieron cita en el auditorio Fray Bernardino de Sahagún del Museo Nacional de Antropología para recibir a sus nuevos integrantes. Presidieron la ceremonia la presidenta de la academia, doctora María Antonieta Cervantes; su tesorera, doctora Ana María Salazar; su vicepresidente, doctor José Luis Vera, y el doctor Francisco Barriga Puente, miembro de la academia y coordinador nacional de Antropología. En esta ocasión se recibió a cinco nuevos miembros: Isabel Lagarriga, Dora Sierra, Consuelo Maquívar, Anna Fernández Poncela y Xabier Lizarraga, quien pronunció el discurso que transcribimos a continuación.

Una llamada telefónica del martes 22 de noviembre aceleró el tic-tac-sístole-diástole-tic-tac en mi pecho: Mayán Cervantes, sin anestesia previa, me invitaba a entrar de lleno en un bucle seductor pero intimidante; quería que, en vulnerable primera persona, participara activamente en un maravilloso aquelarre “diciendo unas palabras ante un nutrido y prestigioso grupo de antropólogos, durante una ceremonia en la que cinco novicias cumpliríamos con un antropológico rito de iniciación” –pienso que en esta ocasión, en nombre de una democrática mayoría sexo-genérica, se impone este uso del femenino–. Me pedía que, hoy y aquí, hablara en nombre de mis colegas Dora Sierra Carrillo, Isabel Lagarriga Attias, Anna María Fernández Poncela, María del Consuelo Maquívar y en el mío propio, porque habíamos sido aceptadas para formar parte de un selecto grupo de académicos.

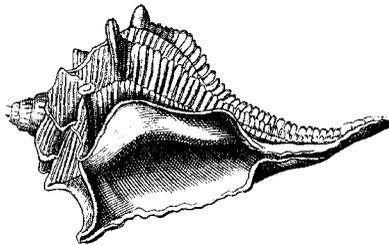
Como es frecuente en estos casos, sentí temor ante la responsabilidad y me resis-

tí un poco, pero me vino a la memoria que Weston La Barre sostenía que “no tenemos derecho a antropologizar si no nos antropologizamos a nosotros mismos...” Y como manda el clásico cliché hollywoodense, “tragué saliva, respiré profundamente y acepté” estar aquí, arriesgándome a tropezar con afectos y variopintos delirios.

Tras colgar el teléfono, me dije:

—¿Por qué siento temor? ¿Qué me lo produce?

Y aunque en ese momento no pude darme una respuesta convincente, esa tarde encontré parte de ella en el excelente y disfrutable libro *Yo soy un extraño bucle* de Douglas R. Hofstadter, cuando leí:



Sabemos que algunas tribus temen los espejos, que muchas sociedades miran las cámaras con recelo, que ciertas religiones prohíben representar figuras humanas [...] Representarse a sí mismo es visto como sospechoso, extraño y, quizás, a la larga, fatal. Este recelo hacia los bucles parece consustancial al género humano. Y sin embargo, sucede como con muchas actividades de riesgo, como volar en ala delta o saltar en paracaídas: a algunos de nosotros nos atraen poderosamente, mientras que otros se estreñecen sólo de pensar en ello (Hofstadter, 2009: 83).

Y pensé que la antropología es, *per se*, una experiencia extrema y de riesgo, por lo que debemos significar y vivir esta academia

como un espejo; un espejo cuyo azogue provoca un bucle del que no podemos evadirnos: *mirar al “otro”* –en este caso concreto, a los colegas– *es mirarnos a nosotros mismos...* “Los otros” siempre son parte de un “nosotros”, a veces desdibujado y brumoso, con frecuencia *cómplice*.

Ingresar a la academia es comprometerse a establecer numerosos diálogos y no pocos soliloquios; ser antropólogo y estar aquí es posible *porque disfrutamos la aventura y los riesgos que supone vernos una y otra vez en los demás...* Vernos y reconocernos en los homínidos que nos antecedieron y en los demás primates, en las formas que el animal humano genera para comunicarse y expresar inquietudes, en las acciones de pueblos en regiones remotas, en las plurales maneras de hablar y significar las cosas, de venerar algo, de consolidar vínculos y organizarse en sistemas de parentesco, de construir refugios y armas, de crear arte y levantar monumentos para preservar la memoria, de imaginar incluso un hipotético más allá... por decir lo menos.

Es probable que algunos de los presentes no estén de acuerdo cuando digo que la etimología de la palabra que da nombre a nuestra transdisciplina evidencia que *la antropología no estudia al otro*, a unos otros distintos y distantes, sino que es un espejo que permite autonarrarnos. Los antropólogos nos convertimos a nosotros mismos en el blanco de nuestras preguntas y miradas inquisitivas –a veces un poco impertinentes, hay que reconocerlo–, ya que esos “otros” de los que tanto hablamos, utilizando por lo general cautelosas y asépticas terceras personas del plural, sólo son reflejos y abstracciones operativas, en gran medida ideológicas, de un inevitable, plástico, dinámico y diverso “nosotros”.

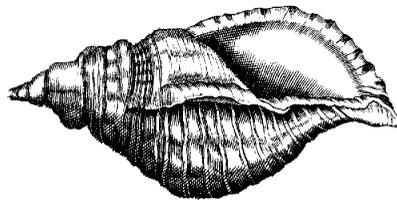
Quizás aún no se ha dicho nada definitivo y haya mucho que discutir sobre *qué es la antropología*, pero me atrevo a sostener

que es el más egocéntrico de los haceres académicos y, por tanto, *el más humano*: la antropología es *producto de la inquietud por conocernos y explicarnos*. Estudiamos a nuestros ancestros y a los pueblos que derivan de la planetización de *sapiens*, convirtiéndolos artificialmente en “los otros” al formular preguntas sobre nuestros procesos biológicos, psicoafectivos, sociales y culturales; sobre nuestros rasgos más generalizables y sobre nuestras más singulares u ocultas intenciones; sobre plurales estilos de vida, haceres y maneras de adecuarnos al entorno que ambientamos una y otra vez *para adecuarlo a nuestras necesidades, apetencias, ambiciones y ocurrencias...* Aunque no podemos conocernos y comprender a plenitud nuestros haceres individuales, intentamos conseguirlo entre todos, construyendo una pluralidad de ángulos de aproximación a nosotros mismos y entrando en relación con otras disciplinas, unas más cercanas y otras más distantes del primate humano, pero todas ellas emergentes de nuestras inquietudes, ansiedades y aventurados desvaríos.

Por ello, considero imprescindible reconocer que, cuando los antropólogos pensamos *a los otros, estamos pensando en nosotros mismos...* Las resonancias de nuestros haceres son distintas a las de otros haceres no centrados en el animal *sapiens* o en nuestros hermanos primates, distintas a esos otros haceres que tienen como objetivo partículas, alcachofas y galaxias, minerales, bacterias, terremotos, priones, algas o calamares que buscan su alimento en algún punto impreciso del mar, antes de que los convirtamos en un succulento plato de chipirones en su tinta.

Podemos argumentar que nuestro más íntimo y quizá rentable objetivo de estudio es *una colección de restos óseos o una zona arqueológica, una lengua, un grupo étnico, unas plantas curativas, un sistema de parentesco u organización social*, las cualidades

de cierta *música* o las *obsesiones religiosas*, los ritos y las *ceremonias* de un “X” grupo... Pero nuestro objeto de estudio, finalmente, siempre somos *nosotros*. Nos mueve no sólo la inquietud por *saber cómo somos*, sino también por comprender *cómo hemos llegado a ser lo que somos y qué ocurrirá con nosotros en un indeterminado futuro*. En todos nuestros proyectos y logros académicos no está sólo un grupo, una población de ayer o de hoy, una lengua, un fósil, una forma de organización social o un rasgo cultural, una colección osteológica; de manera inevitable, estamos siempre nosotros en la triple advocación del *Yo-especie, Yo-sociedad y Yo-individuo*.



Y es que la *inquietud antropológica* también es un producto de la evolución, es un imperativo comportamental, pues, como nos recuerda el propio Hofstadter:

[...] una criatura viva a la que la evolución hubiese dotado de una excelente capacidad de percepción y categorización, pero a la que le fuera imposible dirigir esa capacidad hacia sí misma, sería enormemente anómala. Su negligencia selectiva resultaría patológica y podría costarle incluso la vida (*ibidem*: 104).

Por ello me arriesgo a decir, hoy y aquí, que la antropología es un monumental espejo en el que, como frágiles narcisos, sin esperanza de alcanzar la inmortalidad tantas veces fantaseada, nos contemplamos todos...

Nos miramos con el fin de comprobar que somos parte y totalidad de un fenómeno paradójico, que todos y cada uno de nosotros, observadores y observados, estudiosos y estudiados, hablando en primera o en tercera persona, siempre *somos un “yo” que construye “otredades” para consolidar y confirmar su propia y efímera existencia individual, grupal o específica*.

Y como esta academia también se significa como resplandeciente espejo, hoy mis queridas Dora, Isabel, Anna María, María del Consuelo y yo, con gran satisfacción, damos un paso y cruzamos al otro lado, fundiéndonos con su azogue, como hiciera la Alicia de Lewis Carroll; y lo hacemos para vivir la pasión, la aventura y la vorágine del bucle antropológico. Ingresar a la academia es un honor que no sólo supone arriesgarnos, sino disfrutar comprometiéndonos a continuar ese diálogo con nosotros mismos, a seguir hilando fino sobre “lo humano” y lo que lo humano es, supone y significa, en tanto que fenómeno plástico, flexible, dinámico... en permanente transformación.

Mis colegas y yo no podemos menos que estar agradecidas y orgullosas de ser aceptadas en la Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas, de ser incluidas en el seductor y a veces vertiginoso bucle que supone formar parte de ella, por lo que, en nombre de nosotras cinco, quiero agradecer esta bienvenida ritual que se nos da para que, bien acompañadas, sigamos pensando, antes del desayuno, por lo menos seis cosas impensables sobre el *Homo sapiens demens*.

Gracias por tendernos la mano, esperamos no defraudarlos... porque tampoco queremos defraudarnos a nosotras mismas.

8 de diciembre de 2011

Bibliografía

Hofstadter, Douglas R., *Yo soy un extraño bucle*, Barcelona, Tusquets (Metatemas, 10), 2009.